

Unesco Courier / July-August 2000.

Te Kupu y el hip hop neozelandés

"¡Negro!" El insulto del motociclista destruyó para siempre la visión que un niño de ocho años tenía de la sociedad maorí y de la sociedad blanca de Aotearoa, nombre original de Nueva Zelanda. Adquirió conciencia de su diferencia y desde entonces rechazó tanto a sus hermanos pacíficos y sumisos como a las bandas maoríes de Upper Hutt, el barrio obrero donde vivía, en las afueras de Wellington, la capital. Y al volverse hacia la sociedad blanca, lo que experimentó fue opresión. Con el tiempo, Dean Hapeta comprendió que podía existir una "nueva casta"—orgullosa de su pasado maorí y empeñada en una ruptura radical con el legado colonial.

Hoy, Hapeta se describe como "un negro malo" aludiendo a su radicalismo político, que para algunos es la fuerza de este rapero y, para otros, su debilidad. Ha logrado integrar en el gran movimiento del hip-hop afroamericano la cultura, la lengua y las exigencias políticas de los maoríes —desde los derechos de pesca a las reivindicaciones territoriales y económicas. Hapeta y su grupo Upper Hutt Posse (UHP) han influido en una generación neozelandesa de músicos y de aficionados al hip-hop. Antes de la irrupción de estos "guerreros", la música maorí era un resabio exótico para turistas. Al rapear en su lengua e incorporar los sonidos, los valores y la historia de su pueblo, Hapeta y sus compañeros destruyeron los estereotipos de la identidad maorí.

La escuela de la calle

La conciencia política de este rapero no fue consecuencia del "despertar cultural" de los años setenta, época en que la clase media maorí redescubrió sus raíces. La calle, su whakapapa (el lugar al que uno pertenece), fue su única maestra. Cuando en 1985 empezó a hacer música con su grupo, sus primeras canciones se inspiraban en el reggae jamaicano del legendario Bob Marley y no desentonaban en los barrios desfavorecidos, donde los conflictos con la policía eran casi una rutina.

Al exaltar la historia de los antiguos esclavos y de los pueblos colonizados, el reggae permitió a Hapeta descubrir la "supranacionalidad de los negros" y las luchas colectivas de los oprimidos. Pero una nueva ola de profetas apareció en Aotearoa: raperos estadounidenses como Afrika Bambaataa y Grandmaster Flash. Su experiencia personal y la inspiración venida de Estados Unidos fueron los dos elementos con los que Hapeta empezó a radicalizar su mensaje. Gracias a un cargo en el ministerio de Justicia, recorrió el país para escuchar las reivindicaciones territoriales de los maoríes, y al mismo tiempo descubrió la autobiografía de Malcolm X.

Un instrumento de acción política

"Ese libro fue una revelación", declaró. "Ese orgullo de la propia identidad y la capacidad de transformarlo en acción constituyó para mí una fuente de inspiración..." La vida del nacionalista negro —un héroe por su ardiente defensa

del orgullo racial en los años cincuenta y sesenta— impulsó a Hapeta a convertirse en un líder y a adoptar el hip-hop como instrumento de acción política contra el racismo y en defensa de los intereses maoríes. Paradójicamente, pronto se acercó a Hapeta el hijo de Elijah Muhammad, el hombre que expulsó a Malcolm X de la Nación del Islam, uno de los grupos negros militantes más influyentes y controvertidos. De visita en Nueva Zelanda, Rasul Muhammad invitó a Hapeta y su grupo a tocar en Detroit y a entrevistarse con el líder del movimiento, el reverendo Louis Farrakhan, cuyas declaraciones antisemitas y posturas extremistas sobre la diferencia entre las razas desencadenaron una acalorada polémica.

En buena medida, el viaje fue un símbolo del diálogo instaurado por Hapeta entre la cultura maorí y las influencias afroamericanas. Al principio, la balanza se inclinó del lado americano. Pero con el tiempo Hapeta encontró un equilibrio. Recuerda que "conocer a Farrakhan fue como llegar a la cima". Pero también experimentó la emoción de tocar en Detroit y Nueva York y de ser entrevistado en el Apollo Theatre de Harlem. La calurosa acogida que recibió en la patria del hip-hop contribuyó a que Hapeta se sintiera legitimado.

Al regresar a Nueva Zelanda, Hapeta, el paladín del nacionalismo maorí, sacudió las conciencias y suscitó controversias. Su postura sin concesiones sobre los derechos territoriales contrarió a activistas más conciliadores y, en oportunidades, a ciertos grupos polinesios de las islas del Pacífico, Samoa, Niue y Tonga. Por ejemplo, en un concierto en 1990, aficionados polinesios gritaron a Hapeta "vete a casa" después de que anunciara que Aotearoa era la tierra de los maoríes. Ese mismo año Hapeta obtuvo la condena por difamación del periódico Auckland Star por haber sostenido que UHP había impedido el acceso de dos jóvenes blancos a un concierto.

Un embajador del pueblo maorí

Hoy día, Hapeta actúa solo. Abandonó su seudónimo, D Word, por su traducción maorí Te Kupu (la palabra). Dos versiones de su último álbum, Ko Te Matakahi Kupu (Las palabras que penetran), aparecieron en enero: una en maorí y la otra en inglés. Estos cambios reflejan su evolución. Antes los males de la sociedad parecían dominar su obra, ahora parece haber encontrado la paz interior arraigándose en su cultura. La comunidad maorí lo respeta como dirigente político por su dedicación a la cultura y la lengua (Te Reo) maoríes. Pero el guerrero sigue alerta, rompiendo lanzas en un nuevo territorio: la sociedad en general. "Dad impulso (al Te Rao), integradlo en la sociedad. Utilizad los conceptos de responsabilidad social y humanitaria para cambiar las mentalidades", exhorta el músico.

Al mismo tiempo ha ampliado sus horizontes recorriendo el planeta. Descubrió así a otros raperos que se han forjado una conciencia política, en el Reino Unido por ejemplo. "Obtengo enseñanzas de todos los combates, saliendo de mí mismo y regresando para compartir lo que he aprendido, como un embajador del pueblo maorí", proclama. Sigue así los consejos del gran líder maorí Sir Apirana Ngata, que en 1897 escribía sobre la necesidad de resolver los conflictos interiores sin renunciar a "perderse en momentos de gran exaltación y de imaginación

desenfrenada".

Por: Kerry Buchanan, comentarista político y especialista en hip-hop de la revista Real Groove.

Extraído de El Correo de la Unesco.